

Leonardo Castellani

"Yo soy el Buen Pastor" (Jn X).

Esta afirmación de Cristo y la Parábola del Pastor y el Mercenario que la continúa en los oídos de los que la escucharon equivale neta y simplemente a esta otra afirmación capital: 'Yo soy el Mesías, aquel que los Profetas prenunciaron.'

De hecho, Cristo terminó este sermón proclamándose no solamente Mesías sino también Hijo de Dios, y Dios como el Padre: 'Yo y el Padre somos uno'; en donde algunos de los fariseos lo llamaron 'endemoniado' y quisieron darle muerte. Esto ocurrió en el último año de su vida pública, antes de lo que se llama las 'Últimas excursiones' y del viaje a la Perea.

Pastor es el principal de los nombres que los profetas dieron del Cristo, del Ungido de Dios. Aun cuando lo llaman Rey, que es el nombre más frecuente —*Mesías* en hebreo significa 'Ungido', así como *Christós* en griego—, aluden de hecho a su condición de Pastor, puesto que los antiguos llamaban a los reyes pastores de pueblos, como vemos en Homero. Los Apóstoles Pablo y Pedro llaman a Cristo en sus epístolas el 'Gran Pastor' y el '*Protopastor*' o '*Príncipe de los Pastores*', como traduce la Vulgata latina.

Sabemos que Cristo tiene muchos nombres: Fray Luis de León escribió un libro sobre ellos, el libro religioso mejor escrito que hay en castellano; por ejemplo: Pimpollo o Retoño, Rostro de Dios, Camino, Monte, Rey de por Dios, Pujanza de Dios, Hijo, Verbo, Salvador, Jesús (*Jeshoah*), Cordero de Dios, Esposo, Amado, Padre del Siglo Venidero, Príncipe de la Paz, Profeta Sumo... y Camino, Verdad y Vida, Viña, Hijo del Hombre se llamó El a sí mismo. Pero ese nombre de Pastor es el que se impuso El solemnemente al final de su predicación y lo explicó largamente; para lo cual no tuvo más que entretener los dichos de Isaías y Ezequiel, y de un profeta menor, Zacarías. Esto es lo que hacían los buenos recitadores de estilo oral y éste era su procedimiento literario. No salían con una cosa rara enteramente sacada de su cabeza, como los poetas de hoy: se apoyaban en la tradición literaria —en este caso no literaria— usando por lo común las mismas frases hechas (o sea, los hallazgos verbales ya acuñados, como cuando nosotros hablamos con refranes) de los maestros precedentes: y dándoles el toque personal; que a veces podía ser genial, como en Cristo. Y el toque personal en este recitado, además de la composición nueva, fue la nota que ningún profeta antiguo se atrevió a poner: 'El Buen Pastor muere por sus ovejas', que Cristo añadió inmediatamente.

Por no hacer caso de la tradición literaria —por pura ignorancia o pereza a veces— son tan raros, efímeros, infructuosos e intrascendentes los poetas de hoy día. No así los grandes poetas antiguos.

Todos los nombres proféticos que Cristo se aplicó explícitamente son dulces,

mansos y amorosos; parecería que, aunque no los niega, no le gustan los nombres pujantes y terribles, que también son verdaderos, como los de Pujanza de Dios, Hombre-Montaña, León de Judá, o el Rey de Reyes y Señor de los Ejércitos del Apokalypsis y del profeta Daniel armado de espada bífida y montado en un caballo blanco overo de sangre enemiga hasta el ijar. Hizo parábolas acerca de ese Rey: una especie de temible sultán, que bruscamente aplica castigos tremendos por una desobediencia en apariencia fútil, como la de venir a su Convite sin vestido de bodas; o el castigo de destruir a sangre y fuego ciudades enteras que no aceptan su dominación. Pero nunca añadió: 'Yo soy ese Rey.' Parecería que un divino pudor se lo vedaba.

'Yo soy el Buen Pastor... El Buen Pastor da su vida por sus ovejas.'

Mucho pudiéramos extendernos acerca de la dulzura de esta palabra, y las cualidades del Pastor Hermoso —porque la palabra exacta que usó Cristo fue *kalós*, que significa hermoso, y no *agathós*, que significa solamente bondadoso—; pero eso ya lo hizo Fray Luis.

Mas lo que hemos de advertir aquí, brevemente, dada la carencia de espacio, es que Cristo añadió inmediatamente que había '*malos pastores*' —y un Pastor Malo por antonomasia— a los cuales llamó '*mercenarios*'. Eso está en el Evangelio. Yo no tengo autoridad para suprimirlo. Si predicamos el Evangelio, o predicamos todo o no predicamos nada.

Las notas de los Malos Pastores que dio Cristo son éstas: 1) No son de ellos las ovejas; 2) no las conocen una a una por su nombre; 3) ellas no los siguen y se apartan de ellos; 4) no les importa mucho de las ovejas; 5) si ven venir al lobo, disparan; 6) lo que quieren es medrar o lucrar con las ovejas y aun a costa de ellas; 7) no hay el menor peligro que vayan a morir por sus ovejas. Y en otro lugar dijo que en el fondo son ladrones, que no entran en el redil por la puerta sino saltando la ventana, y que son como lobos disfrazados de ovejas —o de carneros—; aludiendo a la costumbre de los pastores palestinos de ponerse una chaqueta de piel de oveja (zamarra) para hacerse seguir por el olor. Él se puso la zamarra de nuestra carne para que lo siguiéramos; pero en El no era disfraz, era realidad. El Mundo, que es el Mal Pastor por antonomasia, cuando usa palabras cristianas, fórmulas religiosas o chácharas altisonantes, es el gran lobo con piel de oveja.

El primer sermón que hice a los 23 años en Villa Devoto fue sobre este evangelio. Hice un sermón romántico, retórico y sentimental, que ahora lo leo y me da vergüenza; pero la idea fundamental era buena: comparé el Buen Pastor a los pastores del Viejo Mundo y el Mal Pastor a los pastores de la Patagonia. En Europa he visto a los pastores de Italia y de Cataluña con su cayado, su silbato y su perro, que conocen a su rebañito pequeño, cabeza por cabeza; y llevan sobre sus hombros al cordero recién nacido o a la oveja quebrada. A ellos les cabe la pintura del pastor que hacen los profetas hebreos:

Sube a un alto monte — anuncia a Sión la Buena Nueva.

Alza tú la voz bien alto — que llevas a Salén la Buena Nueva.

Decid a las ciudades de Judá: Viene Dios.

Su Brazo dominará.

Ved que viene Dios con sus tesoros — y por delante va mandando su Fruto.

Él pacerá su grey como Pastor — Él lo reunirá con su Brazo.

El llevará en su seno a los corderos — y cuidará de las recién paridas»

(Is XL, 9-11).

Pero los profetas no sabían un gran misterio: que ese pastor moriría por sus ovejas; y que siendo Pastor sería también su Pasto.

En cambio los pastores de la Patagonia llevan manadas de cien a mil ovejas a caballo con un látigo, no las conocen sino como un montón, no van a estar esperando un parto, y si se manca un corderito les conviene más acabarlo de un garrotazo que alzarlo en ancas. A ellos se les parece más el retrato del Mal Pastor que hace Ezequiel en XXXIV, 1:

Recibí la palabra de Jahué diciendo: 'Hijo del Hombre, profetiza contra los pastores de Israel.' Así habla el Señor Jahué [Dios]: '¡Ay de los pastores que se apacientan a sí mismos! ¿Los pastores no son para apacentar ovejas? Pero vosotros coméis la grosura, esquiláis la lana, matáis a las mejores, no apacentáis realmente. No confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no buscasteis a las extraviadas, no cuidasteis a las paridas; sino que con violencia las dominasteis. Y así andan desorientadas, mis ovejas por falta de pastor, errantes por montes y por cañadas, desperdigadas por la haz del mundo...'

Por tanto, oíd, pastores, la palabra de Jahué: 'Estoy contra los pastores, para reclamarles mis ovejas. No les dejaré ovejas a apacentar, a esos que se apacientan a sí mismos. Les arrancaré hasta de la boca las ovejas, que no sean más pasto suyo.' Porque esto dice el Señor Jahué mismo: 'Yo mismo las iré a buscar, yo reuniré mis ovejas.'

¿Y cuándo será esa reunión, y 'no habrá más que un solo redil y un solo pastor?'. ¿Se ha verificado ya? Sólo potencialmente o virtualmente hasta ahora. Nosotros creemos que el cumplimiento perfecto de esta profecía de Cristo será 'después que haya sido predicado el Evangelio en todo el mundo', y 'después que haya sido vencido el Pésimo Pastor, el Hijo de la Perdición'; es decir, el Anticristo, que como castigo de las negligencias y faltas de los pastores de su Iglesia permitirá Dios aparezca y domine el mundo entero por un poco de tiempo; ante el cual estarán los pueblos —como dice el *Zend-*

Avesta, el libro sagrado de los Persas aterrados y mudos como ante el lobo los rebaños de ovejas.

(Tomado de "El Evangelio de Jesucristo", Ed. Vórtice, 1997. Págs. (170-173))